Jesús Antonio Cid
Un escrito biográfico de José Ramón Luanco sobre Menéndez Pelayo (c. 1898)
Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo. LXXXVIII, Nº 1, 2012, 483-490

UN ESCRITO BIOGRÁFICO DE JOSÉ RAMÓN LUANCO SOBRE MENÉNDEZ PELAYO (c. 1898)

En una obra inédita de Menéndez Pidal sobre Menéndez Pelayo, redactada en 1914, de que damos noticia en otro lugar, don Ramón se excusa por no extenderse en la biografía de don Marcelino:

> No me detendré especialmente en la vida de M[enéndez] P[elayo], que ya está bastante tratada. Las biografías pertenecen más bien a la historia de la cultura en general que a la historia literaria donde M[enéndez] P[elayo] tiene su gran significación. Además la vida de M[enéndez] P[elayo] es conocidísima. Cuando M[enéndez] P[elayo] sólo tenía 23 años ya se escribía acerca de él un ensayo biográfico por Manuel García Romero. Después Gonzalo Cedrún, compañero de infancia de M[enéndez] P[elayo], refirió de la niñez de éste varios curiosos episodios. José Ramón de Luanco, su tutor en Barcelona y en Madrid cuenta, en un artículo que guardo manuscrito, los azares de la primera publicación de M[enéndez] P[elayo] en 1872, y la aparición del estudiante en la sociedad madrileña en 1873. [*Sigue una breve descripción de las publicaciones de Rubió, Bonilla y San Martín, Lomba, y Antón de Olmet-García Carraffa*].

Pueden rastrearse las vías por las que llegó a poder de Menéndez Pidal el escrito de Luanco. En 1899 se publicaba, en dos volúmenes, el *Homenaje a Menéndez y Pelayo en el año vigésimo de su profesorado. Estudios de erudición española*. Este "Festschrift" fue el primero de esa clase que se publicó en España, inaugurando un tipo de publicaciones que después se hizo habitual y últimamente ha proliferado casi hasta la saciedad. La norma es que en los volúmenes de homenaje se indique, en la propia portada, quién es el compilador y editor, o compiladores y

editores, de los trabajos incluidos, y en última instancia responsable de la selección de autores invitados a colaborar. Pero no siempre fue así. Un probable modelo para el homenaje a Menéndez Pelayo, los *Études Romanes dédiées à Gaston Paris* (Paris: Émile Bouillon, 1891), tampoco hace constar quién fue el editor, y lo mismo sucede en varios otros *Festschriften* de esa década: *Volume Dedicated to Professor A. Marshall Elliott,* 1893; *Classical Studies in Honour of Henry Drisler*, 1894; *Mélanges de Philologie romane dédiées a Carl Wahlund,* 1896; *Philologische Studien. Festgabe für Eduard Sievers*, 1896; *[Francis J.] Child Memorial Volume*, 1896; *Festgabe für Hermann Suchier*, 1900, etc.

En el caso del *Homenaje* a Menéndez Pelayo, es evidente que Don Juan Valera, autor del prólogo, no fue el compilador ni "editor" de los volúmenes, aunque en algunas bibliografías se le considera no sólo editor sino "autor" de la obra. Puede asegurarse que los responsables fueron los hermanos Juan y Ramón Menéndez Pidal; ambos eran devotos de don Marcelino; el primero tenía amplia experiencia editorial como director de periódicos y responsable, en alguna etapa, de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*; y Ramón era el mejor conocedor posible del círculo de relaciones científicas, intelectuales y personales, de Menéndez Pelayo. Creo indudable que Ramón Menéndez Pidal fue el editor "intelectual" de los *Estudios de erudición española* en homenaje a su maestro. Se conservan en la Fundación Menéndez Pidal varios papeles con listas de nombres de los autores de los trabajos que aparecieron finalmente en el *Homenaje*, el registro de la correspondencia con ellos, y el cálculo de páginas que alcanzaban los trabajos que se iban recibiendo. Las labores, oscuras e ingratas donde las haya, de los editores de Homenajes sólo las conocen bien quienes las han probado; pero al menos en este caso la tarea anónima valió la pena. Menéndez Pelayo manifestaba su satisfacción por el resultado en carta a su íntimo Antonio Rubió: "¿Qué te ha parecido del *Homenaje*? A mí me ha satisfecho en gran manera, y creo que es el honor más grande que he recibido en mi vida. Hay en él estudios de primer orden, y casi todo es nuevo y útil"[1].

José Ramón Luanco, antiguo tutor de Menéndez Pelayo, profesor en la Universidad de Barcelona y bien conocido como bibliófilo, como químico e historiador de la Alquimia, era evidentemente uno de los obligados colaboradores en el *Homenaje* a su pupilo de cuarenta años antes.

[1] Carta del 4-I-1900, *Epistolario*, vol. XXII, núm. 1140.

Luanco remitió a Menéndez Pidal su escrito "Tres episodios de la vida de Menéndez Pelayo", en once cuartillas manuscritas. El texto se acomodaba poco a unos *Estudios de erudición española*, y así debió verlo él mismo, o se lo hicieron ver los editores. En una anotación en la primera página, de letra de Ramón Menéndez Pidal, dirigida a su hermano, según creo, se indica: "El Sr. Luanco va a mandar otra cosa. Esta es para publicarla donde tú quieras"[2]. En efecto, en el *Homenaje* apareció otro trabajo de Luanco, más adecuado al tono general de los volúmenes: "*Clavis Sapientiae Alphonsi, Regis Castellae*" (vol. I, pp. 63-67), donde se concluye que esa obra atribuida al rey Sabio no era en realidad obra suya. Para la sustitución de un escrito por otro, además de las razones indicadas, es posible que hubiera otro motivo, al que me referiré más adelante. En cualquier caso, en el *Homenaje* se excluyeron las colaboraciones "literarias". No participaron tan buenos amigos de Menéndez Pelayo como eran Pérez Galdós y Clarín, o su propio hermano Enrique, bien conocido ya como poeta; y Pereda contribuyó con un estudio etnográfico[3]. Sin embargo, el primer escrito de Luanco, la evocación "literaria" de la juventud de don Marcelino, le pareció a Menéndez Pidal digno de conservarse, y en otra anotación indica: "Al lado de *La Niñez* de Cedrún, debe publicarse esta, de la primera juventud de M.P., tal como la veía su tutor".

La sugerente figura de José Ramón Fernández Luanco y Riego (1825-1905), ha sido bien estudiada, tanto en su relación con Menéndez Pelayo como en sí misma[4]. Menéndez Pidal recuerda las circunstancias, bien conocidas, que determinaron la elección de Luanco como "tutor"

---

[2] Así lo confirma Luanco en carta a Menéndez Pelayo del 22-III-1898: "El artículo de la Cla*vis Sapientiae* para el libro consabido se lo dirigí á Menendez Pidal hace ya bastantes días", *Epistolario*, vol. XIV, núm. 514.

[3] J. Mª de Pereda, "De cómo se celebran todavía las bodas en cierta comarca montañesa, enclavada en un repliegue de lo más enriscado de la cordillera cantábrica" (vol. II, pp. 941-946).

[4] Baste aquí indicar los trabajos de Miguel G. Teijeiro, *El Doctor D. José Ramón F. Luanco y Riego. Datos de su vida* (Lugo: Viuda de Suárez Sal, 1926); Vicente Loriente, "Don José Ramón de Luanco", *BIEA*, X (1956), núm. XXVIII, pp. 215-242; José María Martínez Cachero, *Menéndez Pelayo y Asturias* (Oviedo: I. E. A., 1957), cap. II, "El tutor y amigo Luanco", pp. 45-56, y edición de "69 cartas de Luanco a Menéndez Pelayo" (pp. 281-321). En un número monográfico del periódico decenal *Castropol* (II, núm. 27, 10 de abril de 1906), aparecen varias contribuciones en memoria de Luanco, entre ellas una calurosa semblanza escrita por Menéndez Pelayo (pp. 2-3) que se ha reimpreso varias veces.

del joven Marcelino: "Cuando M[enéndez] P[elayo] cumplía sus 15 años (1871) y debía empezar los estudios de Facultad, parecía natural que fuese a la Universidad de Madrid. Pero la situación de esta disgustaba profundamente las ideas religiosas del padre del joven estudiante". Don Ramón alude a la preponderancia de los "krausistas" en las cátedras universitarias, razón por la cual: "Huyendo de este medio francamente no católico, M[enéndez] P[elayo] fue enviado por su padre a la Universidad de Barcelona", aprovechando que Luanco, paisano y amigo de infancia de Menéndez Pintado, era allí profesor de la facultad de Ciencias desde 1868. Luanco no era, sin embargo, ningún "ultramontano", y en las afectuosas cartas que dirige a su pupilo más de una vez se permite ironías sobre la temprana adscripción de Menéndez Pelayo a los "neos" y "mestizos", es decir los católicos confesionales acaudillados por Alejandro Pidal:

> "Cultiva, con esa mónita de todo buen neo, las relaciones con D. Leopoldo Augusto, D. Aureliano el de la merluza, el Marqués de Pidal, Castro y Serrano &.ª" (8-XI-1874);
>
> "Que Morel Fatio sea un herejete como tú dices, póngolo muy en duda; pero no la tengo de que tú eres un neo redomado" (7-I-1878);
>
> "Quedo dándome azotes, con más fervor que el de Sancho, para que salgas pronto y bien de esos encantamientos, y ojalá que alcanzase a convertirte en liberal y quitarte las ganas de entrar en la cofradía de los predestinados, achaque a que no está expuesto, a Dios gracias, tu afmo. tutor" (11-10-1878);
>
> "Quien tal pide no te conoce y no sabe que los neos no os movéis por nada ni por nadie" (7-VI-1882);
>
> "Prosigue en tus medros y bienandanzas, que para algo ha de servir la Unión Católica" (7-V-1885)[5].

[5] La percepción de Menéndez Pelayo como eterno turiferario de las ideas más retardatarias es, sin duda, injusta, si se hace abstracción de las circunstancias y los tiempos. Pero a la altura de los 1880 no cabe dudar de que don Marcelino estaba en los antípodas de todo liberalismo. Si se permite la autocita: "Alejandro Pidal y los suyos, entre ellos el por entonces ya célebre Menéndez Pelayo, fueron también blanco favorito del sector liberal de la prensa humorística del momento. Los dibujantes no perdonaron ocasión de retratar a Pidal en hábito frailuno, en el trance de echarse al monte con el trabuco en ristre, o en la forma de un cuervo o buitre barbado que se cernía sobre D. Antonio Cánovas; y articulistas cáusticos como Luis Taboada se sentían en su mejor elemento al servirse de Pidal y Menéndez Pelayo para la crónica esperpéntica de una situación política que consideraban antinatural. V., por ejemplo, «En el album de Alejandro», «La fe en peligro», o «Entre Neos» a propósito de un discurso pronunciado por Menéndez

Consta, desde luego, el moderado liberalismo de Luanco. En el homenaje póstumo que le dedicaron en 1906 sus paisanos vemos desfilar a la flor y nata de los filokrausistas de la Universidad de Oviedo: Gumersindo de Azcárate, Rafael Altamira, Aniceto Sela, Fermín Canella, Odón de Buen, Félix de Aramburu, etc.

Las cartas de Luanco son de las más sabrosas que pueden espigarse en el copiosísimo epistolario de don Marcelino, y sobresalen siempre por el tono de afecto no impostado, y por las confianzas que se toma (con reprimendas incluidas) que muy contados corresponsales de don Marcelino se podían permitir. Luanco sentía satisfacción por los progresos de su pupilo, y más adelante manifiesta continuamente su orgullo no disimulado, a pesar de ciertas bromas y tomas de distancia, por los triunfos de Menéndez Pelayo como hombre de letras y como figura pública. Parece, sin embargo, que en los últimos años de vida de Luanco se produjo algún distanciamiento. Poco después de que Luanco fuese nombrado rector de la Universidad de Barcelona, Menéndez Pelayo escribía a Rubió y Lluch en la carta del 14-I-1900 que ya hemos mencionado:

> No sé qué mosca ha picado á tu Rector Luanco, que ni me dio el pésame cuando se murió mi padre, ni me ha dado ahora parte de su nuevo cargo. Para ambas cosas se ha dirigido á mi hermano: cosa que me sorprende sobremanera, puesto que yo no le he faltado en lo más mínimo, sino que por el contrario le he hecho siempre muy buenas ausencias. Pero en fin, yo no tengo humor de descifrar enigmas ni de templar gaitas.

Un año y medio después, en mayo de 1901, las relaciones amistosas habían vuelto a su curso, y don Marcelino escribe a su hermano Enrique:

> Por aquí ha pasado Don José Ramón Luanco, para retirarse definitivamente a Castropol. Estuvo a verme en casa y en la Biblioteca, que le enseñé con detención, y me convencí de que no tenía resentimiento

Pelayo contra la desamortización de Mendizábal, en *Madrid Político*, núms. 2, 3, y 9 (febrero y abril de 1885). O este suelto sin firmar, pero que por su estilo podría ser también de Taboada: "El domingo fue hallado un feto en el atrio de las Comendadoras. La circunstancia de ser un feto y de estar a la puerta de un convento alarmó a los socios de la Unión Católica, que le tomaron en un principio por el cadáver de Menéndez Pelayo" (*Madrid Político*, núm. 10, 9-IV-1885, p. 7) [*ap.* J. A. Cid, "Ensayo de una biobibliografía de Juan Menéndez Pidal. *La Unión Católica* y el periodismo ultramontano en la Restauración", *BIEA*, XLVI (1992), núm. 139, pp. 7-43 (17)].

> alguno contra mí, sino el mismo cariño de siempre; por lo cual atribuyo sus raros procederes a la debilidad senil que empieza a notarse en él, así física como intelectualmente[6].

Los "raros procederes", la "debilidad senil", y el distanciamiento que Menéndez Pelayo advirtió en su antiguo preceptor se habrían manifestado en torno a mayo de 1899 (mes de la muerte de Menéndez Pintado), es decir en fechas muy próximas a la redacción del escrito biográfico de Luanco. Ello puede explicar el párrafo final, que resulta discordante e inesperado en un artículo de "homenaje":

> En casa de los Sres. de Pidal se reconoció por primera vez lo que ya entonces era y lo que prometía ser Marcelino Menéndez y Pelayo. Es de creer que no lo habrá echado en olvido; mas si lo contrario fuese, téngase presente que el D. José, que anda mezclado en estos episodios, años ha que no ejerce, como entonces, su antigua y alguna vez provechosa tutela, para recordarle que la gratitud es una prenda tan estimable que ha de tener un altar en el pecho de todo hombre bien nacido.

En esa apelación a la gratitud, y dado que Luanco afirmaba ser el responsable de que Menéndez Pelayo fuera presentado en casa del marqués de Pidal, principio de sus éxitos, se trasluce una velada censura a posibles ingratitudes de don Marcelino. Al menos así podía entenderlo cualquier ingenuo lector. Esa es la razón adicional, si hubiera sido necesaria al margen de las ya indicadas, para que el artículo de Luanco no tuviera cabida en el *Homenaje* de 1899.

Lo cierto es que quien haya leído las cartas de Luanco pensará muy posiblemente que el artículo no hace justicia al autor, ni al homenajeado, y que don José Ramón, después de tantos años de trato íntimo y diario, muy bien podría haber escrito algo más sustancioso sobre la biografía de Menéndez Pelayo. Los tres episodios que relata, con estilo ágil, tienen de común el evocar unos momentos del "ascenso" social de Menéndez Pe-

[6] Carta del 27-V-1901, *Epistolario*, vol. XVI, núm. 132. El deterioro físico de Luanco se acentuó unos meses después. En respuesta a una consulta de Rodríguez Marín, Menéndez Pelayo le escribía: "Por desgracia, la única persona que pudiera darnos luz sobre esta materia, el señor don José R. de Luanco, autor de un excelente libro en dos tomos sobre *La Alquimia en España*, se halla hoy muy doliente, de resultas de un ataque de hemiplejía, gravísimo en su avanzada edad (cerca de ochenta años), y no puede ni leer ni escribir" (3-IV-1902, *Epistolario*, vol. XVI, núm. 417).

layo en los que el propio Luanco fue co-protagonista. La "idea-fuerza" es que, en efecto, el tutor Luanco tuvo algo y mucho que ver en los futuros éxitos de su pupilo, y se le debía por ello gratitud.

El primer episodio, la premonición y seguridad que el Marcelino todavía mozalbete tenía de ser académico, parece la recurrencia arquetípica de un motivo canónico en las mocedades de los grandes hombres y, a la vez, la ilustración del dicho que recoge el maestro Correas: "Si quieres ser Papa, póntelo en la testa", o, según otra versión, "Si quisieres ser Papa de Roma, estámpatelo en la testa". Luanco le recordó a Menéndez Pelayo el episodio en sus cartas:

> Hoy he recibido carta de tu padre y sé por él que en la primera sesión que celebre la Academia en el próximo diciembre entrarás por aquella puerta, echando pestes contra tu ex-tutor porque una vez te dijo que no pasarías el umbral de la calle de Valverde. Todos lo pícaros tenéis fortuna. Sabe, sin embargo, que celebra tus triunfos hoy el que fue ayer tu víctima y te quiere de veras (c. noviembre 1880; *Epistolario*, vol. IV, núm. 280).
>
> […] La docta Academia a que perteneces, contra mi pronóstico de que nunca entrarías por la puerta de la casa de la calle de Valverde (7-IV-1885; *Epistolario*, vol. VII, núm. 141).

En los otros dos episodios, Luanco se presenta a sí mismo como el mediador necesario para que Menéndez Pelayo publicase, y cobrase, sus primeros artículos, y para que se diese a conocer en los más privilegiados círculos de la vida social e intelectual madrileña.

* * *

El escrito de Luanco no era enteramente desconocido. El primer episodio lo transcribe con muy escasas variantes textuales Enrique Sánchez Reyes en su biografía de Menéndez Pelayo; y extracta el segundo con alguna cita literal[7]. Casi simultáneamente, Martínez Cachero transcribía también el primer episodio, y muestra conocer el tercero, aunque recurre sobre todo a otros testimonios (Adolfo de Sandoval, Alejandro

[7] E. Sánchez Reyes, *Don Marcelino (Biografía del último de nuestros humanistas)* (Santander: Aldus, 1956); cito por la tercera edición: *Biografía crítica y documental de Marcelino Menéndez Pelayo* (Madrid: CSIC, 1974), pp. 81, 88-89.

Pidal)[8]. Martínez Cachero y Sánchez Reyes no proporcionan referencia bibliográfica sobre la procedencia de sus citas del texto de Luanco, pero el segundo se refiere explícitamente a "…aquella graciosa anécdota, contada por el mismo Luanco, que Ignacio Aguilera encontró entre los papeles de D. José Ramón, en Castropol". Ignacio Aguilera estuvo, en efecto, en Castropol al inaugurarse allí en 1946 la Biblioteca Menéndez Pelayo", y pronunció un discurso donde glosó la figura de Luanco y extractó varias de sus cartas a don Marcelino[9]. Pero ni allí ni en los otros siempre excelentes trabajos de Aguilera sobre Menéndez Pelayo que conozco, se menciona el escrito biográfico que nos ocupa. No puedo llevar ahora más adelante la indagación, y la solución de este muy menor enigma habrá de quedar como cuestión abierta. Es indudable, en cualquier caso, que Luanco conservó el original de su artículo, que Aguilera tuvo conocimiento de él, y que por vía manuscrita o impresa lo utilizaron parcialmente Sánchez Reyes y Martínez Cachero.

Creo útil, pese a las anteriores salvedades, dar a conocer el texto completo de Luanco, según el original remitido a Menéndez Pidal. Se trata de un texto acaso más interesante por lo que se da a entender que por lo que se dice, pero que permite recuperar el testimonio directo de una de las personas más decisivas en la formación y en los primeros pasos, intelectuales y vitales, de Menéndez Pelayo.

Jesús Antonio Cid
Univ. Complutense, Madrid

[8] J. M. Martínez Cachero, col. E. Sánchez Reyes, *Menéndez Pelayo y Asturias* (Oviedo: IEA, 1957), pp. 57-59, y 298. Al ser un libro escrito en colaboración con Sánchez Reyes, es claro que la fuente del conocimiento del texto de Luanco es la misma.

[9] "Inauguración de la Biblioteca Menéndez Pelayo en Castropol [discurso de I. Aguilera]", *BBMP*, XXII (1946), pp. 91-100.